

Instanciaciones familiares del patrón antropológico fundamental

Jorge Medina Delgadillo

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla - UPAEP (México)

RESUMEN

Josef Ratzinger entiende a las Personas divinas a partir de las relaciones que constituyen su identidad. Así, el Padre es enteramente un ser-para, el Hijo un ser-a-partir-de o ser-desde y el Espíritu Santo un ser-con. Estas relaciones no son simples características añadidas, sino que expresan la comunión esencial y eterna de Dios. En este sentido, el verdadero Dios es, en su misma esencia, donación, recepción y comunión. El ser humano, *imago Dei*, es sí mismo en plenitud en la medida que se cumple en él 'el patrón trinitario fundamental' (para, desde, con) y la familia es un ámbito realmente importante donde se puede instanciar este patrón y comprender así su fundamento, su dinámica y su vocación.

PALABRAS CLAVE:

Ratzinger, Trinidad, familia, donación, recepción, comunión.

1. El ser-para, ser-desde y ser-con en la Trinidad y su proyección antropológica

Las preguntas sobre Dios y Cristo en la teología cristiana han fecundado decisivamente el pensamiento humano, permitiéndole descubrir un nuevo sentido que, a partir de lo divino, comprende con mayor profusión lo humano. El relato del Génesis —donde se nos muestra mediante imágenes el origen del mundo y del hombre, su caída y la promesa de su redención— revela que la constitución humana ha sido modelada respecto a la divinidad, como se afirma en Gn 1, 26: “Dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Este ‘hagamos’, según la lectura iniciada por los Padres a la luz del misterio de Cristo, afecta precisamente el sentido de la ‘imagen y semejanza’ con que ha quedado impresa la naturaleza humana. Es una expresión que parecía esperar una ulterior clarificación, acontecida en la perfilación del monoteísmo trinitario del cristianismo, cuyo desarrollo doctrinal se fue gestando en los primeros siglos de su existencia. Así, si bien la fe cristiana afirma la existencia de un único Dios, el modo de concebir tal existencia lo separa del monoteísmo tradicional, pues el Dios único es una Trinidad de Personas, un eterno diálogo de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La comprensión de este misterio y el esfuerzo por penetrar en él por parte de los pensadores cristianos, nos ha legado profundas reflexiones no solo sobre Dios, sino también sobre el hombre, ya que, al ser creado a imagen y semejanza de Dios, su naturaleza está íntimamente vinculada con la vida trinitaria. Ratzinger ha señalado admirablemente esta “dependencia fundamental entre la antropología y la teología” (1976: 176), mediada por el acontecimiento fundamental de la Encarnación del Verbo, reconociendo, al mismo tiempo, algunas limitaciones sobre su entendimiento en la tradición intelectual cristiana, particularmente en el enfoque agustiniano. San Agustín, aunque fue uno de los primeros en desarrollar de manera sistemática la idea del hombre como *imago Dei*, “centró su reflexión en las facultades del alma —el intelecto y la voluntad— para explicar la imagen de Dios en el hombre” (Ratzinger, 1976: 173). Para san Agustín (2006), en el libro noveno del *De Trinitate*, la capacidad humana de pensar y amar es una analogía de las procesiones trinitarias: la generación del Verbo como acto del conocimiento y la procesión del Espíritu Santo como acto de amor.

Joseph Ratzinger aborda la cuestión de la *imago Dei* en el ser humano desde una perspectiva trinitaria sin decantarse por la propuesta agustiniana de las facultades, sino buscando esclarecer en qué consiste esta imagen y en qué se fundamenta. Lo hace explorando la naturaleza de la Trinidad de Personas y planteando la pregunta clave sobre el significado de ‘persona’ en Dios. De esta manera, argumenta que la realidad ‘persona’ en Él significa relación, no a la manera de añadido adveniente, sino constituyéndola esencialmente, “no existe más que como relación” (1976: 170). Esto significa que la persona no preexiste a la relación, sino que su ser es la relación misma. El Padre es Padre solo en la medida en que genera eternamente al Hijo; el Hijo es Hijo solo en la medida en que es generado por el Padre; y el Espíritu Santo es el vínculo de amor que procede del Padre y del Hijo. Por tal motivo, la *imago Dei* no puede limitarse a las facultades individuales como el pensamiento o la voluntad (una suerte de intrarrelacionalidad), sino que debe entenderse en términos relacionales reales, es decir, de interrelación con la alteridad, de esta manera, como afirma Del Hierro, Ratzinger “se defiende del racionalismo y dualismo de la edad moderna. Por lo tanto, el hombre es esencialmente relación, es persona,

pro-sopon, para los demás. A pesar de tener una inclinación egoísta, la persona está llamada a ser un ser solidario, nunca solitario, porque es un ser-para-los-demás” (Del Hierro, 2023: 24).

A partir de esto, Ratzinger propone una tríada definitoria de las Personas divinas a partir de las relaciones que constituyen su identidad. “El verdadero Dios es por su propia naturaleza enteramente un ser-para (Padre), un ser-a-partir-de (Hijo) y un ser-con (Espíritu Santo). El hombre, por su parte, es precisamente a imagen de Dios en la medida en que el “a partir de”, el “con” y el “para” constituyen el patrón antropológico fundamental” (Ratzinger, 1999: 214). Estas relaciones no son simples características añadidas, sino que expresan la comunión esencial y eterna de Dios. En este sentido, el verdadero Dios es, en su misma esencia, donación (para), recepción (desde o a partir de) y comunión (con).

Estas tres relaciones constitutivas de la Trinidad son eternas y definen lo propio de cada Persona divina, sin que ninguna preexista a la otra. En Dios, no hay sucesión temporal ni subordinación; las Personas divinas existen en una igualdad perfecta y simultánea, caracterizada por la diversidad de sus relaciones. De allí que el *ser-para* del Padre exprese su identidad como ‘Principio sin principio’, Aquel que engendra eternamente al Hijo. El *ser-a-partir-de* del Verbo define al Hijo como Aquel que es engendrado eternamente desde el Padre. Finalmente, el *ser-con* caracteriza al Espíritu Santo como el vínculo eterno de amor entre el Padre y el Hijo, procediendo de ambos en la comunión perfecta de la Trinidad.

Esta luz, según palabras de Ratzinger, aclara profundamente lo que es Dios y el hombre, y “se presenta como lo definitivo acerca de lo que una persona ha de ser” (1976: 171), en “este conocimiento [...], Dios ha hecho conocer al hombre su propia esencia” (1976: 169). Por ello, el modelo trinitario constituye el patrón antropológico fundamental por el que se realiza la *imago Dei* en el hombre, y, en consecuencia, su plena humanidad. Negarse a vivir según este patrón relacional, hace que no estemos “en camino hacia la divinidad, sino hacia la deshumanización, hacia la destrucción del propio ser mediante la destrucción de la verdad” (1999: 214). El ser humano se destruye a sí mismo cuando rechaza o desfigura la verdad sobre Dios, porque al hacerlo, se aparta de la fuente de su verdadera identidad y de su vocación.

Al imprimirse en el ser humano estas tres modalidades del ser divino —*ser-para*, *ser-a-partir-de* y *ser-con*—, se configura en él un *ethos* relacional y un *pathos* específico que permiten comprender su existencia a la luz del patrón trinitario. En primer lugar, el *ser-para*, que en Dios se manifiesta como donación total del Padre al Hijo, se traduce en el hombre en la capacidad de entregarse a los demás. Este acto de donación encuentra su expresión más pura en la generosidad desinteresada, que no busca reciprocidad, sino que se realiza plenamente en la entrega de sí mismo por amor al otro, reflejando el amor del Padre que se dona enteramente al Hijo. El ser humano participa también de esta dinámica y posee en sí una estructura Donal que le habilita al amor (Viladrich & Castilla, 2020).

El *ser-a-partir-de*, que caracteriza al Hijo como eternamente generado por el Padre, revela en el hombre su dimensión de dependencia y receptividad. El hombre no es autosuficiente; ha recibido su existencia como un don. Él, creado y sostenido por el amor divino, está llamado a una actitud de gratitud y de obediencia libre, la cual es una respuesta amorosa y agradecida a la vida como don recibido. La gratitud es, por tanto, una respuesta esencial del hombre que reconoce en cada bien, y en su propio ser, el reflejo de la bondad divina. Si bien, habitamos un

mundo que exalta la independencia, estamos, no obstante, invitados a redescubrir nuestra dependencia radical de Dios, no como una limitación, sino como una fuente de libertad y alegría.

Por último, el *ser-con*, que corresponde al Espíritu Santo como vínculo de comunión entre el Padre y el Hijo, encuentra su reflejo en la vida humana en la capacidad de vivir en concordia y comunión. La persona humana está llamada a tejer lazos de solidaridad y cercanía con los demás, compartiendo no solo sus alegrías y esperanzas, sino también sus angustias y sufrimientos (*Gaudium et spes*, n. 1).

El ser humano, pues, alcanza su plena realización cuando vive conforme a este patrón divino: donándose generosamente, agradeciendo profundamente los dones recibidos, y compartiendo la vida en comunión con los demás, reflejando en sí mismo, como en un espejo, al Dios trinitario que es donación, recepción y comunión.

2. Las relaciones familiares y el patrón «para», «desde» y «con»

El patrón trinitario de *ser-para*, *ser-desde* y *ser-con* se vincula con todas las dimensiones de la vida humana. Por eso, este patrón no puede ser agotado en la realización individual del ser humano, sino que, de hecho, encuentra en las relaciones familiares una de sus expresiones más hondas y auténticas. En la familia, la dinámica del ser divino se refleja en lo cotidiano, en los gestos, en las palabras, en la vida compartida. Así como la Trinidad es comunión de Personas, la familia se convierte en un lugar privilegiado donde esa comunión divina puede ser contemplada y vivida.

Aristóteles reconoce en la familia tres grandes formas de relación: esponsal, paterno-filial y fraterno (1983: 199-200). Estas relaciones, que constituyen la sustancia misma de la vida familiar, hallan su perfección cuando participan plenamente de la triple dinámica trinitaria. No se trata solo de actos aislados, sino de un entramado vivo donde la donación generosa (*ser-para*), la gratitud humilde (*ser-desde*) y la comunión (*ser-con*) se entrelazan en una unidad vital. Solo en la integración de estas tres dimensiones puede la familia realizar su vocación más alta. Si solo se viviera el *ser-para*, en una entrega constante sin reconocimiento de lo recibido, la relación caería en el sacrificio extenuante, donde la fatiga y el agotamiento podrían oscurecer el rostro del amor. Si, en cambio, se limitara al *ser-desde*, la relación se volvería pasiva, una espera silenciosa, sin el dinamismo de la donación que lleva a la búsqueda del bien del otro. Y si únicamente se diera el *ser-con*, sin el *ser-para* ni el *ser-desde*, la comunión perdería su hondura, convirtiéndose en una mera cercanía superficial, desprovista del arraigo en el don recibido y entregado.

Por ello, la vida familiar, para ser plena, ha de aprender el ritmo de la Trinidad. Ha de saber dar como el Padre, con la generosidad que no calcula; ha de saber recibir como el Hijo, con la gratitud que reconoce la vida como un don y con la humilde obediencia que desea darse como respuesta al amor recibido; y ha de saber estar en comunión, como el Espíritu Santo, creando un espacio de mutuo compartir donde cada quien encuentre su sentido en el estar juntos. Solo

así, en esta vivencia total, la familia se convierte en el lugar donde lo humano alcanza su verdad más profunda, porque precisamente puede realizar la *imago Dei* en él inscrita. Como afirma Aravena (2024: 52), “Según J. Ratzinger, el matrimonio y la familia no son construcciones sociológicas casuales, ni meros resultados de condiciones históricas o económicas particulares. En cambio, la correcta relación entre el hombre y la mujer se arraiga en la esencia más profunda del ser humano, y solo a partir de esta esencia puede encontrar su verdadera respuesta [...] En la comunión interpersonal, el hombre se reconoce a sí mismo como pura relacionalidad”.

En primer lugar, el ser-para, que es la dimensión primordial de la entrega, ese amor sacrificial que no busca su propio interés, sino el bien del otro, en el matrimonio adquiere un relieve singular. Los esposos están llamados a vivir en amor mutuo, un amor que no es condicional ni fragmentado, sino que se ofrece en totalidad. El uno se entrega al otro, no como un acto momentáneo, sino como una decisión de vida, donde el bien del otro es siempre priorizado. En esta donación recíproca, el matrimonio realiza su verdad, ya que solo en la entrega total el amor se vuelve fecundo y transforma a quienes lo viven.

De manera semejante, los padres, en su vocación de cuidar, formar y guiar a sus hijos, encarnan este ser-para en su amor generoso que no espera nada a cambio, sino que se realiza en el acto mismo de cuidar, de educar, de ofrecerse por completo por el bienestar de sus hijos. En este servicio continuo, los padres reflejan el amor del Padre celestial, cuya entrega es inagotable. Por otro lado, los hijos también están llamados a vivir en clave de donación en relación con sus padres. Aunque la relación paterno-filial parece, en un primer momento, caracterizarse principalmente por la recepción, los hijos, conforme crecen y maduran, están llamados a responder a lo que han recibido de sus padres. Esto se manifiesta, en primer lugar, en el respeto, la obediencia amorosa y la gratitud. Vivirlo implica reconocer que el amor recibido debe ser correspondido, no de manera obligada, sino como un acto libre y generoso que fluye del corazón que sabe que ha sido amado primero. A medida que los hijos crecen, esta vivencia se transforma, ya no es solo respeto y obediencia, sino también cuidado y acompañamiento. Así como los padres cuidaron de sus hijos en su infancia, los hijos son llamados a cuidar de sus padres en su vejez, ofreciéndoles tiempo, atención y amor en reciprocidad.

Los hermanos también están llamados a vivir en entrega mutua, siendo una fuente de apoyo, consuelo y ayuda recíproca. El amor fraternal, cuando es vivido a profundidad, deviene en una disponibilidad generosa que ofrece tiempo, recursos y presencia. Así, en la fraternidad se aprende a estar disponible, a ser un refugio y un apoyo en los momentos de necesidad.

El *ser-desde* manifiesta que la vida se recibe, no se genera en solitario, y este reconocimiento abre al hombre a una comprensión más profunda de su realidad: la de vivir, desde su origen, en relación. En el matrimonio, esta dimensión se revela en la dependencia mutua de los cónyuges. Cada uno recibe al otro como un don, y esta conciencia los lleva a vivir en una relación de gratitud y reconocimiento. El amor no se origina en el esfuerzo de un solo individuo, sino que es siempre una realidad compartida, donde ambos se nutren de lo que el otro ofrece. En esta dependencia recíproca, el matrimonio encuentra su profundidad, pues la vida de cada uno está entrelazada con la del otro.

De manera similar, los hijos viven el *ser-desde* en relación con sus padres. Reciben de ellos la vida, el cuidado y la formación, y su existencia misma se desarrolla en la dependencia afectiva, formativa y material que los une a sus progenitores. Esta relación no es un simple hecho biológico, sino un misterio que se despliega en el tiempo, una relación que enseña a los hijos a reconocer su origen y a vivir en gratitud por lo recibido. El padre, en su papel de origen, es quien, por su donación, permite que el hijo exista, pero a su vez, este acto no implica solamente dar la vida, sino que requiere un acompañamiento continuo que custodie ese don. Por su parte, el hijo vive siempre en referencia al padre, no en una dependencia que disminuye su libertad, sino en una relación que le confiere identidad. A través de la guía, el ejemplo y el amor paternal, los hijos aprenden a integrar en su vida los valores y enseñanzas que sus padres le han transmitido. Sin embargo, los mismos progenitores viven también el *ser-desde*, en cuanto su paternidad encuentra sentido en la existencia del hijo, pues sin él, el don de la paternidad no se actualiza plenamente.

Los hermanos también experimentan esta dimensión al compartir un mismo origen, una misma familia y una historia común. Este vínculo fraternal, que se funda en la comunión de una herencia afectiva y familiar, es un recordatorio constante de que no estamos solos, de que nuestra vida se teje en una trama de relaciones que nos preceden y nos sostienen, y en cual nuestra existencia se despliega. Reconocer esta realidad nos invita a honrar el don de la fraternidad, sabiendo que hemos sido colocados juntos, no por elección propia, sino por el designio divino que nos llama a la comunión.

El *ser-con* nos recuerda que la persona no está completa en sí misma. El hombre, imagen de Dios, solo encuentra su plenitud al vivir en comunión, al salir de sí mismo, haciéndose cercano a los demás. Respecto al matrimonio, los esposos se sienten llamados a compartir la vida en todas sus dimensiones: alegrías, esperanzas, retos y dolores. El matrimonio busca una comunión continua, que se construye y renueva a través del amor y la entrega recíproca. Al vivir en comunión, los esposos caminan juntos en un proyecto de vida común, donde el amor no se limita a lo pasajero, sino que se convierte en el fundamento mismo de dicha unión. Es esto es donde encuentran la fuerza para sostenerse mutuamente en las adversidades y crecer juntos.

También la relación entre padres e hijos está marcada por esta dimensión. No es suficiente que los padres eduquen o cuiden a sus hijos desde una relación de autoridad o dependencia; están llamados a vivir en comunión con ellos. Esta comunión se manifiesta en la cercanía diaria, en el diálogo que construye confianza y en la presencia constante. Lo mismo para los hermanos, quienes están llamados a compartir la vida tanto en los momentos de alegría como en los desafíos de la vida.

En todas las relaciones familiares —esponsal, paterno-filial y fraternal—, se revela el profundo misterio de la existencia humana a través de las modalidades del *ser-para*, *ser-desde* y *ser-con*. Estas no son simplemente expresiones abstractas, sino que constituyen el fundamento trinitario sobre el cual descansa la vida misma, pues “la vida humana sólo puede pensarse como un ser con otros, que existe desde otros y alcanza su sentido siendo para otros” (Massini, 1999, 439). La familia, al participar de este patrón divino, se transforma en un lugar privilegiado donde el misterio mismo de Dios se manifiesta en toda su vitalidad.

3. La familia más allá de sí misma

La familia, como lugar primordial de la vida humana, trasciende sus propios límites para influir y configurar el entramado educativo, cultural y político de la sociedad, según los principios de entrega receptividad y comunión. Si bien, es el lugar donde la vida humana nace y crece, un espacio donde las relaciones de amor y dependencia encuentran su origen, la familia no debe quedarse encerrada en sí misma, pues, al ser el reflejo de un amor más grande, encuentra su sentido pleno al extenderse hacia el mundo. En cierta manera la familia está llamada a la *excedencia* (Melendo, 2017). Al igual que Dios, que en su obra creadora y redentora se “vuelca” hacia el mundo, la familia está llamada a trascender sus propios límites, participando en la renovación y fortalecimiento de la sociedad. Dios no permanece cerrado en sí mismo, pues en las obras de la creación y la redención, Dios se dirige hacia fuera, no por necesidad, sino por un amor que es parte de su esencia. La familia, pues, como reflejo de este Dios, encuentra su plenitud cuando se abre y entrega allende sí misma.

Cuando el amor que se ofrece sin reservas en la familia va más allá del ámbito doméstico, la entrega generosa, que se manifiesta en el cuidado, la acogida y el apoyo, se traduce en la disposición a participar activamente en la construcción del bien común. Por ello, la familia que vive la entrega no se encierra en su propio interés, sino que se convierte en una escuela de generosidad, contribuyendo a tejer redes de apoyo y a promover una cultura de servicio.

Por otra parte, la dependencia mutua nos recuerda que toda existencia es un don recibido. Reconocer que nuestras vidas están entrelazadas con las de los demás es fundamental para construir una sociedad más justa. La familia, como espacio de origen, transmite a los hijos la conciencia de que la vida es un don, y fomenta una actitud de gratitud que se traduce en responsabilidad hacia el pasado y el futuro. Quienes crecen en este ambiente de agradecimiento aprenden a valorar lo que han recibido y se sienten llamados a construir conjuntamente el bien. En el ámbito político, esta gratitud promueve una visión de la autoridad como servicio, donde el poder no se concibe como un fin en sí mismo, sino como responsabilidad. La política debería ser vivida como un acto de servicio hacia quienes nos precedieron y hacia las generaciones futuras.

La vida familiar compartida, que subraya que la existencia humana no está destinada al aislamiento, sino a la comunidad, constituye la antesala de una saludable vida común en la arena de los asuntos públicos. La comunión vivida se traduce en la capacidad de generar vínculos de fraternidad en torno a diferentes espacios de encuentro, fomentando una cultura de paz y diálogo.

Cada familia, al integrar los principios de entrega, receptividad y comunión, no pretende realizar su plenitud en sí misma, sino que se convierte en un agente de transformación de la vida social y política. En la donación generosa (*ser-para*), en la gratitud por el don recibido (*ser-desde*) y en la comunión (*ser-con*), la familia se convierte en un faro de esperanza para la sociedad y el mundo, pues viviendo su vocación de servicio, gratitud y comunión, se muestra como imagen viva del Amor trinitario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agustín (2006), *De Trinitate*. Disponible en: <https://www.augustinus.it/spagnolo/trinita/index2.htm>

Aravena, S. (2024). Trinidad, relación y persona en Joseph Ratzinger: Claves para una catequesis sobre el matrimonio. *Revista De Educación Religiosa*, 3(2), 45–57.

Aristóteles. (1983). *Ética Nicomáquea* (Gómez Robledo, A., Trad.). UNAM.

Concilio Vaticano II. (1965) *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et spes*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Del Hierro Dies, J. (2023). El concepto de persona en “Introducción al cristianismo” de Joseph Ratzinger. *Hallazgos*, 20(40), 43-74.

Massini Correas, C. I. (1999) Verdad, libertad y el paradigma ético contemporáneo: consideraciones a partir de un texto de Joseph Ratzinger. *Sapientia*. 54 (206), 427-435.

Melendo Granados, T. (2017). Familia y persona: una relación biunívoca y constitutiva. *Metafísica y Persona*, (6), 11-37.

Ratzinger, J. (1976). *Palabra en la Iglesia*. Ediciones Sígueme.

Ratzinger, J. (1999). Verdad y libertad. *Humanitas*, 14 (1999), 199-222.

Viladrich, P. J. & Castilla B. (2020), *Antropología del amor. Estructura esponsal de la persona*. Universidad de Piura.